



ORRIZ-3

CATALOGADO

LA JUVENTUD Y EL MOVIMIENTO DEMOCRÁTICO*

LUIS MANUEL PEÑALVER

CONCEPTO BIOSOCIAL DE LA JUVENTUD

Para comprender debidamente el papel de la juventud, y de su parte más activa: la juventud estudiantil, en el movimiento democrático general y especialmente en el latinoamericano, hay que considerar este sector etario de la comunidad en sus características biológicas, psicológicas y sociales, así como en la proyección de éstas en la dinámica de la sociedad. En esta época en que los fenómenos sociales se analizan tomando en cuenta la estructura y el funcionamiento de las clases sociales, la juventud aparece como un sector peculiar, que incide en todas las clases sociales, llegando a constituir dentro de ellas una especie de factor común capaz de actuar por impulsos y por líneas de acción que en cierta manera les son propias.

(*) Ponencia presentada al II Congreso Pro Democracia y Libertad Maracay, abril de 1960

Esta etapa de la vida, que se extiende con límites imprecisos desde la adolescencia hasta los primeros años de la vida adulta, posee una serie de rasgos biológicos que sirven de substrato y de explicación a ciertas modalidades reaccionales y tendencias que encontramos en su conducta. Es un período de efervescencia vital en el cual alcanzan un importante grado de desarrollo los fenómenos de asimilación y de crecimiento, y durante el cual funciones vitales básicas e importantes glándulas de secreción interna alcanzan un clímax de actividad que someten al organismo joven a una sucesión creciente de poderosos estímulos y a un acelerado ritmo de vida que van a actuar conformando su actividad física, espiritual y mental.

Sobre este efervescente substrato biológico, en íntima conexión con él, se desarrolla un mundo psicológico, complejo y agitado a su vez, en proceso intenso de formación y de afirmación. Así como su cuerpo, en trance de crecimiento, entra en conflicto continuo con el traje que resulta estrecho cada día, la personalidad del hombre joven se va modificando, ampliando y profundizando en muchos aspectos y entra en conflicto permanente y sucesivo con el ambiente que lo rodea. Su personalidad nueva, cambiante, lucha contra los moldes y tiende a reafirmarse en esta lucha con el medio. La lucha se cumple más por intuiciones e instintos que de una manera consciente, y mediante procesos y acciones que no están dirigidos por la reflexión sino movidos por poderosos impulsos íntimos, frecuentemente no controlados. La reflexión es siempre un signo de madurez y está ligada en gran parte a la experiencia. El hombre joven no tiene todavía una escala de valores formada ni conoce bien aún las características positivas o negativas de la realidad, incluyéndose en esta realidad a él mismo. De allí que sus tendencias y acciones tengan generalmente la espontaneidad de lo irreflexivo y a veces el candor de la inexperiencia. Esto le hace a su vez ser más sensible, porque los impactos que pueda recibir no tienen la amortiguación de experiencias anteriores ni de procesos de racionalización suficientemente sólidos. Por ello el joven es menos egoísta y más generoso, especialmente en el campo social. Por eso siente más la injusticia y reacciona frente a ella con mayor rebeldía. Su ritmo vital hace que sea apasionada su adhesión a los principios, ideas o sentimientos que considere justos o dignos de seguir. Esto, unido a la escasez de capacidad de comparación reflexiva lo hace, además, intolerante frente a los conceptos que puedan oponerse a dichos principios.

Toda esta mezcla de energía, pasión, generosidad, sensibilidad, rebeldía e intolerancia se mueve detrás de objetivos que aparecen, se modifican o desaparecen con relativa rapidez, en una búsqueda ince-

sante de caminos y en un proceso cambiante de modelación de personalidad.

La conducta social del hombre joven, además de estar influida por estas características psicológicas y biológicas, lo está por algunas otras determinantes de carácter social: falta de intereses creados, inadaptabilidad al medio y una mayor sensibilidad política y social. El hombre joven no ha tenido tiempo aún de crear intereses ni de adherirse a los ya creados. Su inconformidad espiritual, su apetencia y su movilidad mentales, hacen que en estos campos sea siempre una ventana abierta a las nuevas ideas, a las nuevas concepciones y corrientes. Los módulos creados por las generaciones anteriores son rechazados o aceptados por la juventud, pero aun en el caso de la aceptación rara vez ésta es total y su adhesión a ellos es casi siempre con reservas y solamente a través de los años se van incorporando, idénticos o modificados, de manera definitiva a su personalidad. El hombre joven no ha creado todavía intereses materiales y aun aquellos a los cuales está ligado por razones de familia o de clase, no son sentidos de manera integral. Esto llega a explicarnos las contradicciones como integrantes de clase que se encuentran en individuos o grupos juveniles. Un ejemplo es la frecuente adhesión de jóvenes de la alta o de la mediana burguesía a doctrinas revolucionarias aun a aquéllas que atentan contra la propiedad o que tienden a crear una sociedad sobre bases distintas a las que sirven de sostén a su propia clase social.

El joven es, por todo ello, un inadaptado social, en el sentido sano de la palabra, y en sus concepciones y en su acción vital choca a diario contra módulos familiares o sociales que no ha ayudado a originar o a robustecer y con los cuales no se siente solidario. La rebeldía del adolescente frente al padre, el sentido rebelde del estudiante ante las autoridades escolares y su tradicional actitud opositora ante los gobiernos son otros ejemplos claros y frecuentes de este antagonismo.

Esta falta del freno o del amortiguador que representan los intereses creados, la inadaptabilidad al medio social y las características psicológicas propias de la edad determinan una mayor sensibilidad social y política en el hombre joven, que se traduce generalmente en una ubicación más radical en el campo político o en los movimientos sociales. Las doctrinas o planteamientos extremistas, que requieren una transformación a fondo del medio suenan más a aventura, a riesgo, a rebeldía, y por ello encuentran un eco sincero y positivo, pero más de pasión que de convicciones, en la juventud.

Estas características psico-sociales, que son en general las mismas para todas las clases sociales y para todas las épocas, adquieren

en la actualidad una mayor intensidad y agudeza y conforman la fisonomía angustiada y agónica de la juventud de hoy. Estamos en una etapa crítica de la humanidad. Los adelantos tecnológicos y científicos del hombre han aumentado su poderío y también su sed de poder, su capacidad y su deseo de dominio. La ciencia atómica, el ultramicroscopio y los cohetes siderales parecen estar rompiendo los límites del microcósmos y del macrocósmos, y ponen en manos del hombre fuerzas incommensurables. Este aumento de poder, de capacidad de investigación, de transformación y de comando de la materia y de las fuerzas de la Naturaleza no ha estado equilibrado, por otra parte, por un progreso igual en los campos de la razón y del espíritu. El crecimiento prodigioso de la ciencia y de la técnica, y el culto que la sociedad les rinde a estas entidades, han hecho descender de importancia la formación humanística, integral del hombre. Las ciencias de la educación, de la orientación juvenil, se han desarrollado en una proporción infinitamente inferior a las del adelanto tecnológico. Somos al mismo tiempo el teatro de una lucha gigantesca entre dos concepciones, entre dos humanidades distintas que utilizan medios diversos, de los más burdos a los más sutiles, para imponer sus ideas y sus normas. De ahí que la juventud actualmente esté sometida a una serie de influencias de formación y deformación, de intensidad y variabilidad casi sin precedentes en la historia de la humanidad. El fenómeno de los rebeldes sin causa, los "pavitos" nuestros, de todo ese vasto sector de una juventud desorientada, agresiva, en busca de caminos que apenas intuye, es algo que está en el primer plano de preocupación de todas las sociedades.

Otra de las características más constantes en la juventud es su inestabilidad y la movilidad de su estructura anímica. A través de todo el proceso psicológico juvenil y a medida que se acerca más a la edad adulta, los rasgos juveniles van cambiando y acercándose a los que caracterizan al hombre maduro, formado ya integralmente. El joven se va adaptando progresivamente al ambiente, muchos de cuyos módulos ha creado él mismo o ha ayudado a formar o robustecer. Va aprendiendo a valorar las dificultades y obstáculos y ello lo lleva a la reflexión y al balance entre el ideal perseguido y las dificultades de realizarlo. Va estableciendo ya su propia escala de valores espirituales, mentales y materiales. Ha ido creando intereses en estos campos o se ha ido adscribiendo más o menos firmemente a los que la sociedad, la comunidad, les habían presentado. De todos los objetivos que se había trazado y que venía cambiando en el transcurso de su ruta de inquietud, ha escogido ya unos cuantos, renunciando generalmente a muchos, y se ha definido más o menos un mundo en la vida. En todo

este proceso de adaptación, generalmente doloroso, la parte positiva de la obra juvenil que se salva, que puede llegar a ser perdurable, depende de dos cosas fundamentales: de la sana orientación que hubiese recibido, y llevádole a tomar los caminos justos y favorables, y de la transformación lograda de sus impulsos en convicciones firmes. Estas, conservando en parte todavía su sabor y su pasión juveniles, serán las que habrán de acompañarle durante toda su vida.

La etapa juvenil se nos presenta así como un momento vital con fases estupendamente positivas y animada de fuerza creadora, de pasión, de generosidad, de rebeldía, capaz de servir de motor a las más audaces y ambiciosas realizaciones. Por otra parte, su inestabilidad, su inexperiencia y su falta de capacidad de valoración, si no hay una sana orientación, pueden actuar, generalmente, como factores negativos que tienden a neutralizar, a quitarle parte de su efectividad y hasta a hacer negativos aquellos impulsos creadores.

II. EL PAPEL DE LA JUVENTUD EN LOS PROCESOS POLITICO-SOCIALES

Las condiciones culturales, políticas y económicas de los distintos países, o más bien de sus distintos grupos político-sociales, condicionan la manera de actuar la juventud en la sociedad, de “canalizar su instinto de lucha”, para decirlo con las palabras de Luis Beltrán Prieto.

En los países de alto nivel educacional, cultural, avanzado desarrollo económico y de vida política asentada ya en sistemas firmes, con partidos e instituciones tradicionales a los que corresponde la acción social de manera efectiva y natural, la juventud dedica la casi totalidad de su esfuerzo creador en desarrollarse y capacitarse integralmente, en las aulas y los campos de deportes; su sensibilidad e intranquilidad social apenas ocupan puestos secundarios en su vida. En cambio, en los países subdesarrollados con atraso cultural, agobiados por tremendos problemas económicos, por injusticias sociales, con un tremendo fardo de atraso, de desorganización y de inestabilidad política sobre sus hombros, la juventud actúa de acuerdo con los poderosos estímulos del medio en que se agita y tiende a substituir a veces, o a influir poderosamente en ellas, a las organizaciones de acción político-social. De allí que en los países asiáticos, árabes, y especialmente en Latinoamérica, la juventud tenga un puesto bien ganado en las luchas por la liberación política o por la redención económica de los pueblos; y en la historia de éstos las Universidades y sus estudiantes aparecen siempre encabezando los movimientos revolucionarios o reformistas.

Esta es una diferencia fundamental que debe ser recíprocamente comprendida por quienes, en estos dos grandes grupos de países se preocupan por analizar este fenómeno social de la acción juvenil y estudiantil. Y explica, en gran parte, las semejanzas que hay entre un estudiante árabe y un estudiante latinoamericano, por ejemplo, o las diferencias que, en cuanto a su acción social, existen entre un universitario de la América Latina y uno de los Estados Unidos

Las características mencionadas anteriormente explican que la ubicación general de la juventud en el campo político y social de nuestros pueblos, sea, por tendencia natural, una posición democrática de avanzada, de lucha por lograr formas positivas de superación social. Su mayor sensibilidad, su inadaptación al medio social y su rebeldía, tienden a colocarlo en la trinchera del inconformismo y de la revolución. De allí también que los movimientos democráticos tengan en la juventud su más decidido defensor. La historia de los países de América Latina es un claro ejemplo de esta apasionada adhesión. Los estudiantes y las Universidades llenan páginas heroicas de ese largo y agitado proceso mediante el cual la democracia se ha debatido en lucha afianzadora. No hay movimiento de resistencia a una dictadura, de oposición a los intereses económicos y políticos del imperialismo, de redención económica, de defensa de las libertades, en que no aparezca el estudiante como factor decisivo, ubicando con pasión y heroísmo, cuando ello ha sido necesario, su constructiva posición de inconforme social. Desde su participación en las luchas de la Conquista, simbolizadas en aquel estudiante de la Mesa Redonda de Ayciniegas, mitad fraile y mitad mosquetero que se vino en las carabelas de la Conquista a encontrar nuevos horizontes en este Nuevo Mundo, hasta las guerras de la Independencia en las que los estudiantes de seminarios y Universidades, de brazo con los campesinos y los jóvenes burgueses de la Colonia, regaron con su sangre los campos de la América. Testimonio más reciente ha sido su participación activa en las agitadas luchas políticas de nuestra vida republicana, en las que frente a las tiranías y a los sistemas dictatoriales ha estado siempre de pie la juventud. Nuestra historia tan pródiga en regímenes autocráticos, ilustrados o bárbaros, ha sido también generosa en el ejemplo de juventudes que han llegado hasta la abnegación y el sacrificio en la lucha por la libertad, la democracia y la justicia.

Al referirnos, en los países subdesarrollados y especialmente en Latinoamérica, a la juventud, nos estamos refiriendo prácticamente a una sola parte de ella: a la juventud estudiantil. El escaso desarrollo, hasta los últimos años, de la clase obrera y la situación infrahumana

del campesinado han impedido hasta ahora la incorporación de la juventud de estos vastos sectores a la historia juvenil del Continente; circunstancia que da una fisonomía propia a la juventud latinoamericana, cuyos rasgos sirven para explicarnos su valor positivo como factor social, pero también sus contradicciones:

1.—La juventud estudiantil latinoamericana ha estado integrada, y lo está aún hoy, con un predominio de la clase media y de la alta burguesía. Es apenas en los últimos años cuando en Liceos, Universidades y en las más recientes Escuelas Técnicas han empezado a llegar integrantes de las clases trabajadoras.

2.—La condición de estudiante da al sector juvenil latinoamericano, una mayor sensibilidad y hondura frente al problema social. Lo que en la juventud obrera y campesina es generalmente intuición, en el estudiante es comprensión y conocimiento real del problema, ya que puede ahondar las raíces del mismo, por su posibilidad de llegar a las propias fuentes de los conocimientos y al dominio de los instrumentos de su análisis. Por esta razón el estudiantado aparece en la historia de América como antena y motor de movimientos democráticos y revolucionarios y por ello la Reforma Universitaria ha venido siendo en América un movimiento signado no sólo por deseos de reforma educacional, de superación de sistemas de estudio, sino, sobre todo, un profundo movimiento de inquietud social y política, para la defensa de la democracia y de la justicia social y para golpear a los sectores reaccionarios y tradicionalistas. La Reforma Universitaria, emanada de las mejores inquietudes de la juventud estudiosa de la primera postguerra tendió a transformar la Universidad, justamente, en una institución sensibilizada hacia los problemas populares de la nación y de la humanidad, y con capacidad para orientar al estudiante y al egresado hacia la comprensión y defensa de la democracia y para hacer de él un profesional íntegro, capaz, culto y sensible. A través de más de cuarenta años de lucha, la mayor parte de las ideas fundamentales de la Reforma, conservan toda su vigencia, y dan a la Universidad la fisonomía de una institución activa, formadora de ciudadanos democráticos y en permanente servicio, ella misma, a la democracia y a la colectividad. De ahí que los programas de Reforma, surgidos de la realidad de cada país —incorporadas a ellos las nuevas ideas de función y estructura de las Universidades— son de gran importancia para la orientación de la juventud estudiosa y para el afianzamiento de la democracia en nuestros países.

3.—Si bien la acción de la juventud, apreciada en perspectiva general, aparece como un movimiento permanente por la renovación

continua, de sustitución incesante, al ser analizada en los elementos que la constituyen en una etapa determinada, aparece como un proceso inconstante y hasta contradictorio. Este factor es necesario destacarlo, porque los hombres que integran una generación juvenil, han de continuar actuando posteriormente en el escenario social y su actitud y sus acciones habrán de ser determinantes, inclusive a veces más decisivas que las que asumieron durante su etapa juvenil. Por la propia evolución de la personalidad y por la integración de clases del sector estudiantil, las variaciones y contradicciones entre la actitud estudiantil y la que es asumida posteriormente son un hecho de observación frecuente. Entre el estudiante de los primeros años y el que se acerca a su título profesional, se observan ya notables diferencias de criterio y actitud. Entre la asumida en el aula bulliciosa del Liceo o de la Universidad y la que se toma luego en el bufete o la oficina profesional, en la empresa o en la función pública existe, casi siempre, una gran diferencia. Sólo una parte, a veces reducida, de los hombres destacados como dirigentes revolucionarios en Liceos y Universidades mantienen en alto los mismos ideales, enriquecidos por la convicción y la experiencia.

Obedeciendo a este fenómeno y a otros derivados de la estructura profesional resulta, asimismo, característica en Latinoamérica la contradicción entre la actitud asumida por muchas Universidades, abanderadas de las causas de libertad, justicia y revolución, cuando el país está sometido a un régimen dictatorial, de opresión o de fisonomía conservadora y que vitan hacia el conservatismo o hacia posiciones más reaccionarias aun cuando logra llegar a la máxima dirección político-social de ese mismo país una fuerza democrática revolucionaria, que efectivamente va a realizar el ideal de avance, a golpear las bases económicas y sociales de la estructura social o política antes combatida.

Este fenómeno de contradicción, registrado en la historia de muchos de nuestros países, es modificado, sin embargo, y debe serlo cada día más, por la orientación que pueda recibir la juventud estudiantil y por el progreso democrático que en su estructura van alcanzando las Universidades. Cuando la acción de fuerzas organizadas, de partidos políticos, puede dar una orientación adecuada a la juventud, canalizar su espíritu de lucha y de rebeldía detrás de un ideario orgánico y realista, se llega a transformarse en firmes convicciones lo que antes era apenas una adscripción apasionada y transitoria a hechas ideas. Se logra entonces que los ciudadanos, tramontada la etapa vigorosa y rebelde de la juventud, continúen sin pausas ni contradicciones si-

viendo las causas justas, luchando por la democracia y la justicia social, ya no sólo con el encendimiento de la pasión sino, además, con la firmeza y profundidad de las convicciones.

III. LA JUVENTUD EN EL MOVIMIENTO DEMOCRÁTICO ORGANIZADO

Resulta evidente que la acción estimulante y transformadora de la juventud será tanto más permanente cuanto más influyan en ella los movimientos políticos democráticos organizados y mientras más actúe la juventud en éstos. La presencia de la juventud y especialmente de la estudiantil es, por otra parte, una necesidad imperiosa en estos organismos sociales. Los partidos políticos y las demás instituciones de la comunidad tienen en la juventud un elemento de estímulo notable que actúa como factor de renovación para impedir el estancamiento y el deterioro de las ideas básicas que sirven de directrices a esos movimientos. Y garantiza la incorporación de ideas nuevas, de aportes inéditos que van surgiendo de la realidad social cambiante o de las corrientes de pensamiento nacionales o universales. Se puede considerar que el dinamismo y la capacidad de avance de un partido político democrático o de otra institución de carácter social, está en razón directa de la influencia que sabe conservar y mantener sobre la juventud, especialmente sobre la juventud estudiantil.

Esta circunstancia explica el interés especial que se tiene actualmente en los partidos y demás organizaciones por atraer y entusiasmar a la juventud y a los estudiantes. Es excepcional hoy un organismo de este tipo que no contemple la captación y estructuración de la juventud y hasta en muchos de ellos el movimiento juvenil está atendido por departamentos especializados. A veces se llega hasta a incurrir en ciertas desviaciones que tienden a ser corregidas en las organizaciones de mayor experiencia en América, por ejemplo: la exaltación excesiva de las virtudes y méritos juveniles y la estructuración del movimiento juvenil como un grupo generacional, a veces aislado y casi autónomo, dentro del organismo social de que forma parte.

Asimismo, y por razones que ya hemos indicado antes, se cae generalmente en la falla de confundir el movimiento estudiantil con todo el movimiento juvenil. Actualmente existe una sana tendencia de incorporar la juventud obrera y la juventud campesina al movimiento juvenil en los organismos políticos y sociales, con el fin de que este movimiento esté integrado no sólo por jóvenes de las clases alta y media, como sucede en el estudiantado de las Universidades y Liceos,

sino también que reciba el aporte, intuitivo y hondo, casi telúrico, pero de un gran poder dinámico de la juventud que viene de los estratos sociales más olvidados y promisorios: los obreros y los campesinos. Los programas que estimulen y faciliten este acercamiento, en las organizaciones políticas, sociales, deportivas, etc., serán de una gran importancia a este respecto.

Las organizaciones democráticas deben mantener una continua y profunda obra de captación y de orientación permanente de la juventud. Es un fenómeno generalmente apreciado hoy en la América Latina, el de la gran atracción que ejercen sobre los movimientos juveniles las doctrinas extremistas. Es natural que la juventud se sienta más atraída hacia lo que aparece como más radical y más audaz, aunque no corresponda a un sistema consubstanciado con la esencia democrática, la verdadera realidad social, ni con las perspectivas normales de desarrollo político, económico y social de nuestros pueblos. La doctrina democrática es el ideal de mayor elevación, convivencia y armonía, el de más sano equilibrio entre el hombre y la comunidad. Significa, por tanto, una posición más honda y reflexiva, que sin ignorar las grandes conquistas que la humanidad ha ido logrando en sus luchas sociales, sino más bien incorporándolas a ella misma, y procurando llevarlas cada vez más lejos hasta llegar a la meta ideal, conserva, sin embargo, el respeto a la personalidad humana, al espíritu y la conciencia del hombre y de cada pueblo, el amor a la convivencia y a la paz. Y es necesario que este sea el mensaje fecundo que se lleve a diario a la juventud con profundidad, con pasión y con insistencia; que se le haga entender y se le transforme en firmes convicciones. La siempre de este mensaje es una garantía, además, de que los hombres jóvenes de la generación actual y de las venideras, una vez dejados atrás los años floridos, emocionales y rebeldes de la juventud, ingresarán a la vida madura, a la etapa de las realizaciones, no dando la espalda a las ideas que un día les sacudieron sus fibras más íntimas, sino continuando con fidelidad adscritos a aquéllas, quizás ya no con la misma apasionada vehemencia, pero sí con pasión reflexiva y creadora.

IV. PAPEL DE LA JUVENTUD EN LA REDENCION ECONOMICA Y SOCIAL DE NUESTROS PUEBLOS

Peró no sólo en el campo de la inquietud político-social y en las luchas que es necesario desarrollar para alcanzar los ideales de democracia política es donde tiene la juventud, y fundamentalmente la juventud estudiosa, un papel señero. Lo tiene también en la función

insustituible de capacitarse para una vida recta y fecunda y para laborar en el progreso de la comunidad nacional y de la humanidad.

El concepto de la democracia moderna va hoy en día más allá del simple progreso de las instituciones políticas y llega hasta las raíces más hondas de la estructura económica y social de los pueblos. La democracia significa, es cierto, la superación progresiva de los sistemas políticos, la modernización de la estructura legal y del funcionalismo de los organismos representativos de la comunidad. Pero todo este progreso es imposible que se inicie y que continúe su perfeccionamiento si no se echan, al mismo tiempo, las bases de una efectiva democracia económica y se implanta una verdadera justicia social. Nuestras instituciones democráticas serán un mito mientras en nuestros pueblos subdesarrollados y dependientes en lo económico no se logre una utilización vigorosa de nuestros recursos naturales y no se establezca una justa distribución de la riqueza. Países los nuestros, productores de materias primas, entregadas a la voracidad del capital extranjero, no podían alcanzar democracia estable mientras no logremos librarlos del yugo capitalista, de monopolios y entidades extranjeras e internacionales, mientras no rescatemos nuestras riquezas naturales y las sometamos a nuestra propia explotación, con nuestros propios recursos humanos. Los pueblos subproductores, obligados a importar, a precios elevados, la mayor parte de los productos, aun alimenticios, de los equipos y materiales necesarios para su subsistencia y para su desarrollo, no podían gozar de sistemas democráticos firmes hasta que no alcancemos un alto grado de industrialización. Naciones donde la mayoría de sus pobladores vive en el campo en condiciones infrahumanas de explotación y de miseria, no podrán tener democracia firme si no realizamos una verdadera Reforma Agraria que redima la clase campesina y mientras no se logre una eficaz tecnificación agropecuaria para que los productos básicos de la tierra garanticen la autosubsistencia de una población que hoy crece con uno de los ritmos más altos del mundo. No podemos gozar de democracia sincera y permanente mientras no logremos un desarrollo armonioso de nuestros pueblos y sus riquezas básicas, de acuerdo con un criterio moderno de planificación integral, de utilización de los recursos nacionales, coordinados éstos entre sí y coordinando además las economías de los demás países latinoamericanos con los nuestros, en una política de unidad continental progresiva.

Para la realización de esta magna obra se necesita un calificado capital humano que no poseemos. El capital extranjero que por espacio de lustros ha venido explotando nuestras riquezas naturales ha tenido

buen cuidado de hacerlo siempre con técnicos no nacionales y de preparar sólo con cuentagotas, cuando se ha hecho, a individuos de nuestros países para las distintas ramas de la técnica necesarios a determinada explotación. El déficit de profesionales y de técnicos que tienen los países latinoamericanos, como los demás subdesarrollados de la tierra, es de proporciones sobrecogedoras. Y no podemos tener desarrollo económico, elevación del nivel de vida de nuestro pueblo ni una democracia integral, sincera y estable, mientras no superemos este déficit capacitando a nuestra propia juventud.

De ahí que uno de los deberes imperativos de la juventud estudiantil, y especialmente de la juventud democrática, ha de ser el aprovechar todas las posibilidades que brinda el sistema social para mejorar su capacidad y preparación, y presionar continuamente sobre este sistema para que cada día se abran nuevas fuentes de capacitación. Escuelas vocacionales, técnicas, Universidades, que permitan a la juventud prepararse para hacerle frente a esta necesidad clamorosa de nuestros pueblos. Por ello es deber democrático primordial de la juventud estudiar, aprovechar a fondo esa fecunda etapa de la vida para adquirir los instrumentos intelectuales y la destreza técnica necesarios para la liberación de nuestros pueblos.

Insistir ante la juventud en este deber de estudiar y de estudiar a fondo, es un llamamiento necesario e indeclinable. No sólo porque responde a la necesidad a que ya hemos hecho referencia, sino porque debe ir orientado a modificar características tradicionales y negativas de la población estudiantil latinoamericana. Nuestros jóvenes, en general, no saben estudiar; la mayoría de ellos tienen una atemorizada superficialidad de conocimientos adquiridos fugazmente en su etapa de estudiantes y no reforzados o renovados en la etapa profesional. La generalidad de los estudiantes estudia sólo para pasar pruebas anuales y para ganar grados o títulos más que para captar y dominar los conocimientos; y esta superficialidad nos va a explicar una característica consecuente, frecuente en la mayoría de los profesionales y técnicos de nuestros países: la mediocridad, la improvisación, la falta de profundidad, la dispersión y la falta de capacidad creadora.

Es cierto que la responsabilidad de este hecho corresponde en su mayor parte al sistema educativo de nuestros países: más informativo que formativo, con estudios hechos a base de conocimientos sinópticos, con métodos donde la memoria juega un papel mayor que el entendimiento, y con sistemas de evaluación primitivos que consultan más la repetición mecánica de aquellas malas sinopsis que la verdadera capacidad creadora o de aprendizaje, que tenga el estudiante. Pero también

es cierto que esta condición se ha venido haciendo hábito estudiantil, tan arraigado que es difícil modificar y que llega inclusive a atrincherarse en posiciones de resistencia cuando se quiere implantar en escuelas, liceos o universidades, métodos más activos y que signifiquen mayor sacrificio, mayor dedicación y mayor trabajo en profesores y estudiantes

Sólo con una juventud que tome como un verdadero deber social el estudio y la capacitación profesional y técnica en todos los ramos necesarios para nuestro desarrollo integral, se podrá cimentar la democracia y transformarla en un sistema social firme, en trance permanente de perfección y capaz de dar hoy y mañana a nuestros pueblos el máximo de bienestar y de justicia social.